

SUSCRICION

Madrid: 2 pesetas al mes; 6 id. trimestre.
Provincias: 7,50 id.
Extranjero y Ultramar: seis meses, 5 pesos fuertes en oro.
Número suelto: una peseta 50 céntimos.

La Ilustración de los Niños

OFICINAS

Montera, 53, segundo
MADRID

No se sirve suscripción cuyo pago no se anticipe.
Anuncios y esquelas de defunciones de niños á precios convencionales.

SUMARIO

I. La humildad.—II. El infante Don Sancho.—
III. Recuerdos íntimos.—IV. Al Juez Supremo.—
V. La pequeña Elvira.—VI. San José de Calasanz.—
VII. María Pita.—VIII. Lecciones familiares.—
IX. Exposición escolar.—X. España en la última
Exposición universal de París.—XI. Suelos.

LA HUMILDAD

Recomendable es, á los ojos de la sociedad, la virtud de que vamos á ocuparnos, tanto más levantada y hermosa, cuanto más sencilla y naturalmente se practique.

La humildad es hermana inseparable del talento, pues aunque queramos hacerla residir en el corazón, que es el órgano del sentimiento, y supongamos que bien puede tener malas inclinaciones el hombre de capacidad, hemos de confesar también que solo los hombres de recto juicio pueden dominar sus pasiones, subordinando la voluntad á la clara razón.

La lucha entre la cabeza y el corazón retrata á los hombres. Si la cabeza manda, el hombre se presenta ante sus semejantes digno y humilde; si prevalecen los instintos del corazón, el hombre puede ser igualmente digno, obrando bien; pero si se deja seducir por los halagos engañosos de las malas pasiones, se precipita en el error y deja de ser digno y humilde.

El que no procede con cordura no respeta las cosas ni las personas, y el que niega ó cercena á sabiendas los derechos ajenos, muestras inequívocas dá de falta de humildad.

No confundamos, sin embargo, la humildad con las complacencias serviles, con la denigrante esclavitud; pues si en el primer caso el hombre puede llamarse virtuoso, en el segundo es un sér degradado, abyecto.

La fisonomía del hombre humilde es agradable, simpática y severa; la del hombre soberbio es ridícula y provoca la hilaridad.

El hombre humilde cabe en todos los círculos, es lazo de unión y de concordia; el díscolo es la discordia, el veleño que se infiltra en el organismo de las sociedades para producir una muerte más ó menos lenta, pero segura.

El humilde se hace respetar, y su excelente cualidad le coloca á la cabeza de sus amigos y admiradores; el díscolo, que no sabe obedecer, no puede llegar dignamente á mandar. Los caudillos en quienes resplandece tan estimable virtud, conducen dócil y valerosamente á la victoria á sus legiones; los que por el terror y la soberbia mandan, no pueden abrigar grandes confianzas de triunfo, porque no cuentan en torno suyo con la lealtad que

garantice el triunfo, y ponen en inminente riesgo su propia individualidad, pues mientras para el humilde y bueno todo son simpatías y atenciones, el soberbio y desconsiderado no siembra más que ódios y venganzas.

El que se ajusta á esta virtud, vive, pues, tranquilo y sin temores de que se le prive de las libertades inherentes al hombre; el que la desprecia, se hace imprudente y osado, y la osadía compromete la seguridad personal. De una ligera é irreflexiva disputa nace, á las veces, una cuestión seria que no siempre se encierra en los límites que aconseja la prudencia; y si se pasa á vías de hecho, lo que pudo con humildad sofocarse, conduce á las cárceles y tal vez al cadalso.

El humilde no tiene que arrepentirse de ninguna de sus obras, porque están inspiradas en el deseo de llenar un deber moral; pero el díscolo y el osado lloran de continuo su falta de prevision.

Con humildad se centuplican los frutos del trabajo; con la osadía se comprometen las más pingües fortunas. Los honores que el Estado confiere por sus méritos al hombre humilde, le inclinan al trabajo con más perseverancia, porque su conciencia le dicta que es un premio merecido á su laboriosidad y no se engrie, sino que persevera cultivando su inteligencia en honra propia y provecho de sus semejantes: los que se tributan al osado, le conducen al límite desmedido de la soberbia, le hacen negligente y fátuo y no produce más que sinsabores, con detrimento de su dignidad; mientras que el primero conquista la consideración y aprecio de cuantos le conocen, el segundo inspira el desprecio: el primero es un buen ciudadano; el segundo un miembro podrido de la sociedad.

Los grandes problemas de la ciencia moderna se han resuelto por la humildad con que los sábios investigaron el origen de los descubrimientos y por la paciencia y buena fé con que los impulsaron; los unos con auxilio propio, los otros impetrando apoyo de los capitalistas y de los poderes públicos. Todos los poderosos elementos de que hoy dispone la actividad humana para procurarse comodidades, nacieron al calor de la humildad y de la perseverancia; todos los adelantos que constituyen la vida real del individuo brotaron de esa virtud grandilocuente é inapreciable, porque así como la soberbia no engendra sino el vicio y la pobreza, la humildad se subordina, sin violencia, al estudio y al trabajo, que son las fuentes de la educación moral y de la producción material.

Rechacemos la osadía, y acojamos la humildad, que ese es el deber del hombre honrado.

JOSE NOVI Y PEREDA

EL INFANTE DON SANCHO

(ROMANCE HISTÓRICO.)

I.

Corría el año mil ciento
y era una parte de España
un florón de la corona
de la raza musulmana.
El buen rey Alfonso Sexto,
de imperecedera fama,
el rey noble y esforzado,
el que libró mil batallas
contra los tostados hijos
de las costas africanas...
era el rey que por entonces
en Castilla gobernaba.
¡Grandes eran sus virtudes,
grandes también sus batallas
grande como ellas fué siempre
para este rey la desgracia!...

Aparecía en Oriente
la primera luz del alba;
la ciudad de Uclés tranquila
al descanso se entregaba...
¡Nubes de polvo á lo lejos
hasta el cielo se levantan;
se oye el trotar de caballos,
se oye el chocar de las armas;
voces airadas, confusas,
que por los aires se lanzan,
rumor eterno, terrible
como tempestad lejana
que se anuncia sordamente
cuando más furiosa estalla!...

¡Despierta Uclés, deja el sueño,
que ya el enemigo avanza;
corran tus valientes hijos
á defender tus murallas,
que el tropel que se avecina
es de gente musulmana
y está tu honor en peligro
y están tus horas contadas! ..

¡Ya entraron los musulmanes
en la ciudad castellana;
larga ha sido la pelea,
muy reñida la batalla!...
Aunque en valor se igualaron,
no en las fuerzas se igualaban;
que había miles y miles
en las huestes africanas,
y en Uclés pocos soldados
para defender la plaza...

En el castillo se encierran
los que en la lucha se salvan;

allí se atrincheran todos,
y con dolor en el alma,
por la ciudad ya rendida
extienden ¡ay! sus miradas,
mientras el sol que se oculta,
con luz mortecina baña
despojos, ruinas cadáveres,
mares de sangre cristiana!...

II.

El rey Alfonso se apresta
á presentar la batalla
y arrancar al enemigo
la ciudad que le ganára...
Pero ¡ay! que Alfonso no puede
entrar de nuevo en campaña,
que son sus heridas muchas
y su edad muy avanzada,
y aunque el arrojo le sobra
la fuerza vital le falta.

Tiene Don Alfonso un hijo
que aunque de edad muy temprana,
librar acciones desea
con las huestes musulmanas.
Este niño valeroso
Sancho el infante se llama;
once años apenas cuenta
y se distingue en las armas,
y es la gloria de su padre,
que con delirio le ama.

Accede al fin Don Alfonso,
y con el conde de Cabra
y otros magnates del reino
Sancho á la lucha se lanza,
ante un numeroso ejército
que al tierno infante acompaña.
¿Qué será del pobre niño?...
Dios le guíe en la batalla...

.....
¡Terrible ha sido el encuentro
ara las tropas cristianas;
más de veinte mil valientes
caen al filo de las armas
enemigas, y el infante
y su ayo el conde de Cabra
mueren allí acuchillados
por sangrientas cimitarras!...
También murió, para siempre,
en tan terrible campaña
la dicha de Don Alfonso,
que en el infante adoraba.

«Ay, meu fillo, meu fillo,
espello, luz de mi alma!
¿Hume lo dejastes, condes?»
Así el buen rey exclamaba,
llorando por aquel hijo
que perdió con la batalla!...

Por eso del rey Alfonso,
de imperecedera fama,
al escribir esta historia
dijimos al empezarla:
«¡Grandes eran sus virtudes,
grandes también sus hazañas;
grande como ellas, fué siempre
para este rey la desgracia!...

RICARDO SEPÚLVEDA

RECUERDOS ÍNTIMOS ⁽¹⁾

El sentimiento se esculpe
en el corazón del hombre,
como lápida conmemorativa
de los grandes sucesos; por
eso llevamos viva en la ima-
ginación la fecha de nuestros
infortunios.

Corren los días con rapidez vertiginosa sin darnos cuenta de que cada uno que pasa marca en el reloj del tiempo el término fatal de nuestra existencia, que así plugo á Dios disponerlo, sin duda para no acibarar ó para que no fuera tan breve nuestra vida, necesariamente transitoria; pero si bien es cierto que no pensamos en la muerte, por más que la creemos inevitable en plazo más ó menos largo, no por eso dejamos de atormentarnos con el recuerdo íntimo de los seres que nos fueron queridos, arrebatados al amor por la severa sañuda parca.

¡Dolor sin límite bastante para aquilatar los efímeros placeres terrenales!

¡Dolor que experimentan todos por ser el eco fiel, la expresión íntima del alma, aunque el cálculo aconseje sonreír en circunstancias dadas, ó la necesidad imponga el deber de mostrarse satisfechos y complacidos!

¡Dolor intenso, imperecedero, que al embargar el espíritu, apoca y coarta la materia!

Fijaos bien, mis queridos lectores.

¿No veis cómo se reflejan en los ojos, en todo el rostro, las manifestaciones de los disgustos? ¿No veis cómo imprimen tristeza en las pupilas, palidez en las mejillas, y se contraen demacradas las facciones? ¿No veis inapetente al hombre más gloton, tímido y vacilante al expansivo, taciturnos y hasta llorosos á los más locuaces y empedernidos?

Pues todos esos signos exteriores, palpables, evidentes, son las huellas del sufrimiento, la fisonomía deletérea del dolor. Porque el dolor es negro como la desgracia que le produce, y va unido al infortunio como el eco al sonido, como la sombra á la luz; es decir, el dolor es consecuencia ineludible de las amarguras, como la sombra y el eco son consecuencias naturales de la luz y del sonido.

Meditadlo bien, repito, y responded con la mano sobre el corazón.

¿Existe ni puede existir entre los hombres alguno á quien le sea indiferente la muerte de su madre? ¿Existe alguno de los que por fortuna la tienen, que no haya lamentado y sentido la muerte de sus hijos, de sus hermanos, parientes ó personas de su afecto?

Nó; seguramente, nó.

Lloramos á la madre porque nos dió el sér; lloramos á los hijos porque son nuestra propia encarnación; lloramos al hermano, porque por las venas circula la misma sangre, llevamos el mismo apellido y crecimos bajo el mismo techo; lloramos al amigo por amor, por simpatía, por gratitud, vínculos que nos ligan, vínculos que nos caracterizan, vínculos que nos distinguen de los brutos.

(1) El natalicio y muerte prematura del precoz y hermoso niño Angelito Növi y Castellote.

El que niegue esta verdad necesaria, inexcusable, eterna, se niega á sí mismo.

Y de tal modo sentimos y lloramos, que el cariño de los seres que nos fueron más afectos imprime en nuestra mente, con caracteres indelebles, la fecha fatal de su partida; pues es el sentimiento, como decimos al principio, lápida conmemorativa de los grandes sucesos, para siempre esculpida en el corazón de los hombres.

Yo leo en este momento en el mío una fecha; una fecha feliz, anhelada; una fecha que, con haber sido acariciada con júbilo, ha venido á fundirse con otra de siniestro dolor, de pesar inextinguible.

1.º de Agosto de 1880.

20 de Marzo de 1881.

En la primera, como nuncio venturoso de paz y bienandanza, abrió los ojos á la luz del mundo un ángel. Este ángel, blanco como el armiño, de rostro nacarado y redondo como el disco del sol, de labios sonrientes, de ojos inteligentes y expresivos, con los matices de la rosa de Alejandria en las tiernas mejillas, de facciones purísimas como los querubines de Rafael, verídico retrato de los que forman armonioso coro en las alturas del empíreo alrededor del trono excelso del Dios de Jeová; este ángel recibió la *sal sapientie*, y en el acto mismo tomó en la tierra ese nombre que llevan en el cielo los espíritus más puros: se llamó Angel. Yo le conduje al sacramento del Bautismo, yo le apadriné con arreglo al rito para que ingresara en el seno de la Iglesia, y Angelito creció; creció siendo nuncio de venturas, sembrando flores en el camino de la vida, halagado de todos y saturando de encantos, con gracias no comunes, su rostro seductor; creció haciendo las delicias de sus amantes padres, que soñaban para el nuevo Benjamín el porvenir más risueño; y en su loca fantasía, en su legítimo amor, mitigaban todas las torturas del alma, sellando la frente de su hijo con un beso embriagador.

También yo le besé con entusiasmo sintiendo renacer en mi alma, fatigada por los contratiempos y los años, un inefable consuelo; el consuelo que experimenta el hombre agradecido á los amigos, la satisfacción que engendra el cariño, la que nace de la relación espiritual que se contrae en la pila, la que producen adunadas la bondad y la hermosura.

También yo le besé como besan á los ángeles los hombres honrados que han tenido hijos, y le besé sin poder reprimir el pensamiento, mirando al porvenir; cuando le besaba, leía en su dulce fisonomía tres distintos caracteres: la bondad, la discreción y la perseverancia; la bondad para concebir, la discreción para ejecutar, la perseverancia para fomentar y adquirir.

Pero Dios, Juez Supremo de nuestros actos, autor y dueño de nuestros destinos, puso en el suyo su vista escrutadora, le llamó á sí en la segunda fecha que conmemoro, 20 de marzo de 1881, y allí, á su lado, reside entre blancas nubes y armoniosos himnos, en la región siempre esperada de los más dulces ensueños.

Flota, flota, Angel bello en torno de tu Dios con los deslumbrantes matices de azul y oro, de nácar y arrebol, y ya que en la tierra no seas nuncio de venturas, sé desde el cielo nuestro ángel tutelar.

VICENTE D. BORDANOVA

AL JUEZ SUPREMO

(SONETO)

¿Es verdad, santo Dios, que hay otra vida donde encuentra su premio el virtuoso, donde purga sus culpas el vicioso, donde halla su castigo quien te olvida?

¿Es verdad, santo Dios, que arrepentida llegando el alma al tribunal grandioso, un miserable, igual que un poderoso, alcanzan la justicia merecida?...

¡Señor! ¡Señor! Mi espíritu en tus manos ambiciono poner, para mirarme libre de estas cadenas opresoras con que atan á los pueblos los tiranos, y sé Juez infalible que, al juzgarme, con tu sentencia endulzarás mis horas.

FRANCISCO ARECHAVALA

LA PEQUEÑA ELVIRA

Elvira era una niña encantadora; sus padres adoraban en ella y ella en sus padres, y era la más querida de todas sus hermanas, tanto por que su carácter y sus buenas cualidades así lo exigían, como por ser la más bella de la casa. Era Elvira una criatura tan impresionable y tan buena, lo mismo para su familia como para sus criados, que por donde pasaba encontraba amigos que la sonreían y aclamaban, de agradecimiento unos, de admiración otros.

Tenia diez años. Era rubia como la espiga en el mes de Agosto; blanca como la nieve, ojos de azul celeste, velados por unas cejas admirablemente dibujadas; boca pequeña, nariz de perfil griego, barba redondita con un gracioso hoyuelo, compañero de otros dos, uno en cada mejilla; y la preciosa niña, cuando se sonreía, dejaba ver al través de sus purpúreos labios una delicada línea de perlas. Pero lo que más llamaba la atención de todos cuantos la trataban, era su excesivo aire melancólico.

Ya dije que era la más querida de la casa, y, por consiguiente, para Elvira eran todos los mimos y regalos. Pues á pesar de eso, nunca se la vió sonreír; y no es que ella fuese ingrata ni despegada; al contrario, ya sabe el lector que la dulzura y la amabilidad reinaban en Elvira.

Pero un velo de tristeza, aunque muy ligero, la envolvía. Si sus papás, hermanos ó amigos la daban una flor, un dulce, un juguete ó un beso, hacía por sonreírse; los abrazaba, los besaba... pero se notaba en ella que aquella sonrisa era forzada, aquel beso frío, y el abrazo sin expresión; finalmente, sus caricias eran hijas de su amabilidad... pero no nacían del corazón.

¿Cómo, dirá el lector, una niña tan fina y tan cariñosa hacía un esfuerzo para dar un beso á sus hermanitos? Y tendrás razón, amable lector; ¿tú no lo comprendes así? Pues te lo voy á explicar.

El pensamiento de Elvira no se limitaba solo

á su familia. ¡Ay! no, su pensamiento volaba más allá... muy lejos. Su imaginación, sus ideas, no se concretaban solamente á las dulzuras del hogar... Rayaban en lo imposible, en lo infinito.

Su ideal era la poesía. ¡Poesía!... ¡Palabra mágica!

Elvira era poetisa, y Elvira tenía diez años. ¿Comprendes ahora, lector, por qué la pequeña Elvira, aunque escaseaba los besos y los cariños para sus papás y hermanos, aparecía, sin embargo, dulce y angelical? Es porque su alma poética daba más energía á su rostro, más brillo á su mirada, más vigor á su palabra; y por eso un beso suyo valía por cinco de otra niña, porque al rozar sus labios con los tuyos, por ejemplo, se notaba algo sublime, algo divino, que causaba una impresión magnética, y al estrecharte en sus brazos contra su corazón, sentías un vértigo tal que tu mente se remontaba á otro mundo...

Por las noches, cuando la familia se abandonaba á las dulzuras del sueño, Elvira, que fingía dormir, se levantaba, encendía una vela, sacaba de un cofrecillo papel, pluma y tintero, y de pie, recelosa, y dispuesta á matar la luz al menor ruido, se ponía á escribir. Por la agitación de su pulso se comprendía que la niña temía ser descubierta.

Quitándola la pluma de la mano, se diría que iba á cometer una mala acción ó cosa parecida, tal era la hora (á veces la daban las cuatro de la madrugada escribiendo), la palpación de su pecho, y las continuas miradas que dirigía á la puerta. Pero á pesar de todo, la encantadora niña, no ignorando el peligro que corría si por casualidad llegaba á ser descubierta, hacía lo mismo todas las noches. Tal era su manía, pues otro nombre no se le puede dar, que sufría los regaños de sus padres y hermanos con paciencia y resignación. Los padres de la caprichosa Elvira no querían que su hija perdiese el sueño, porque decían que iba á enfermar. En parte tenían razón, pero ella seguía escribiendo; ¡qué terquedad! dirá el lector, ¡pero qué terquedad tan buena!

Oigamos la conversación que tiene Elvira con Julia, su hermana mayor.

—Vamos Elvira, no seas tonta, ven con nosotras esta noche al teatro.

—No te canses, Julia, porque no voy.

—¿Pero por qué?

—Por nada; no tengo gana de ir á ninguna diversión.

—Oyeme, Elvirita, dijo Julia con amable acento; ya tienes cumplidos diez años, y eres una mujercita; por consiguiente debes de venir con nosotras á todas partes, y no huir de la gente como has hecho hasta hoy. Papá se va á enfadar, y te tiene peor cuenta, porque tendrías que ir á la fuerza.

—Eso es otra cosa; si mis papás tienen empeño en que vaya, iré.

—¿Pero por qué no ha de ser voluntariamente?

—Te tengo dicho muchas veces, que más me gusta quedarme en casa.

—¿Qué terquedad!... dijo casi con enfado Julia.

Reinó el silencio por espacio de cinco minutos. Julia le rompió, exclamando:

—¿Pues qué te gusta entonces? ¿La poesía? ¿Los versos? ¡Mal haya la hora en que el profesor te enseñó á escribir!

—Calla, calla, Julia, no empecemos como siempre, porque acabaremos por reñir.

—Pues es claro, ¿qué no tengo yo razón de

sobra? ¡Abandonar á sus padres, hermanos, amigos, juegos, diversiones, todo, todo por el demonio de los versos! ¡Anda, y que se marchen en horamala!

—Calla, Julia...

—¡La poesía, dijo Julia sin dejar hablar á su hermana; la poesía te va á volver loca, no piensas en otra cosa; si comes, porque comes, y si bebes, porque bebes, en todas partes encuentras poesía!

—Porque en todas partes está, hermana querida; no tienes más que bajar al jardín: ¿No ves por todas partes la mano del Criador, lo mismo en las flores, que en las aves y las fuentes, en el insecto más ruin, en la planta más insignificante, en una gota de agua, en todo? ¿Qué notas en el sonoro canto del ruiseñor, en el suave perfume de las flores, en el murmullo del agua de la cristalina fuente, en la inmensidad del mar, en sus juguetonas y á veces gigantescas olas, en la dulce sonrisa del alba, en la argentada luna y sus misteriosos rayos, en la travesura de la brisa y cefirillos, en la noche serena, extendiendo su manto salpicado de estrellas? ¿No se te ensancha el corazón al ver las verdes copas de los árboles que parecen cubiertas de gotas de rocío ó de brillantes perlas, al contemplar á la pintada mariposilla, ligera como la ninfa de las auras, el murmullo de las brisas en la copa de los árboles, el huracán que ruga como fiero león de Numidia, el dulce gorjear de los tiernos pajarillos, cuando sus amorosas madres les llevan en el pico un grano de trigo ó una miga de pan? ¿No ves con qué alegría la reciben, y con cuánto alborozo dicen el pio-pio? ¿No ves con qué ternura y cariño la madre les da de comer, y cuida de que el calor ó el frío no les moleste, ya cobijándolos bajo sus alas, ya dándoles agua con su mismo pico? ¿Todo, por qué? ¡Por que son sus hijos, sus amados hijos! ¡Por que son tan pequeñitos, que si los abandonasen en tan tierna edad, Dios mío, qué les pasaría?

Al decir esto, Elvira estaba sublime; sus ojos azules y rasgados despedían fuego, y una lágrima, que imprudente asomó en su pupila durante la conversación, rodó por sus mejillas.

—Sí, Elvira, dijo Julia, todo eso es muy bueno, es magnífico, pero no distrae tanto como los teatros, reuniones, paseos...

—¿Qué no distrae? ¡Ah, hermana querida! ¿Con que no te entretiene ir un día al campo, y contemplar todas sus bellezas, y bendecir una y mil veces á Dios por tan grato panorama? ¿Con que no te divierte ver á la Naturaleza en todo su esplendor en una hermosa tarde de Mayo? ¿Qué no te distrae el dulce gorjear de los inocentes pajarillos, el agua de la fuente, percibir el perfume de las pintadas flores? ¿No te distrae?...

—Mira, calla, calla, interrumpió Julia, porque si no, no pararás en todo el día de contarme necedades; ¿vienes, ó no, al teatro?

Elvira se quedó un rato pensativa; después dijo:

—¡Me has ofendido, Julia, muchísimo!

—¿Que te he ofendido? ¿En qué?

—En que acabas de llamar necedades á todo lo que yo te he dicho.

—¿Y eso te hace daño?

—Muchísimo; porque es lo más sagrado que existe en el mundo.

—¿El qué, las flores y los pájaros? Já, já, já. Y se echó á reír Julia de una manera espantosa.

Elvira, herida en su amor propio no la hizo caso, y sentándose en una mecedora, alcanzó un libro de un velador y se puso á leer muy tranquila, al parecer; pero una persona de más ta-

lento que su hermana Julia, hubiese advertido en el semblante de Elvira que aquella serenidad era aparente y falsa; hubiese notado que las palabras de Julia causaron una impresion desagradable en el ánimo de la pequeña Elvira y que hirieron el corazon de la niña. Pasó una hora, al cabo de la cual volvió á entrar Julia en la habitacion, que abandonó cuando Elvira no hizo caso de sus imprudentes carcajadas, y se puso á leer.

—¿Qué estás leyendo? la preguntó.

—Leo á Espronceda, contestó Elvira con mucha calma, como si nada hubiese pasado.

—¿Y qué es Espronceda? ¿Una comedia, una novela?...

—No, mujer, el autor de el *Canto á Teresa*.

—¡Ah! y Teresa será...

—¿No has leído nunca á Espronceda?

—Ni á ese señor, ni á ninguno; no me gusta; lo mismo es coger un libro, ya me estoy durmiendo; ¡me dá un sueño!... que se me cae de la mano cualquier cosa; lo que más me gusta son los folletines de *La Correspondencia* ó los de *El Imparcial*. ¡Oh, me entusiasman! ¿Pero qué se adelanta con leer cosa que fastidia y que no se aprende nada?

—Julia, por favor, no empieces como hace un rato. Me pongo nerviosa nada más que de oírte. ¿Dices que no te gusta leer? ¿Pues si no encuentras placer en la lectura ¡desdichada! en dónde le hallas? ¡Ay! ¿Qué haría yo, porque tú fueses como deseo? ¿Dónde encontraré, Dios mío, á la persona que mi fantasía busca? ¿A quién comunicaré mis impresiones? ¿Dónde está ese ideal que mi mente soñadora nunca encuentra?

—¿Estás loca, chica? ¡Ah! ¡Los libros, los libros! ¡Cuando yo digo que te van á quitar la vida! ¡Cuando yo digo que vas á perder la razon con tanto pensar que si el pájaro canta en la enramada ó en la selva, pues para el caso todo es lo mismo, y que si la azucena es blanca y el clavel encarnado! ¡Malditos, sí, malditos sean los libracos! ¿Tú sabes que no te han de dejar descansar un momento? De día, porque está el sol fuera, y te inspira; de noche, porque está la luna, á todas horas. ¿Pues si vieras mamá y papá cómo están contra tí? Anoche te han visto escribiendo versos. Eran las dos de la madrugada y no te habías acostado aún. Esta mañana, papá le decía á mamá muy enfadado:

«Rosa, esa niña va á enfermar, es un pecado el que estamos cometiendo con Elvirita. No tiene más que diez años y sabe más que yo. Tendré que tomar medidas enérgicas, puesto que no bastan los castigos que se la dan. Se empeña en disgustarnos y lo consigue.»

Esto es lo que dijo papá muy colérico. ¡Y si vieras qué cara ponía cuando decía *tomaremos medidas enérgicas!* ¡Daba miedo!

—¿Y papá es solo quien esta enfadado? preguntó Elvira con mucha naturalidad. ¿Mamá, qué decía?

—Pues se callaba. Como sabes que la pobre es tan buena, y te quiere tanto, le decía á papá:

«Cálmate, Diego; nuestra hija tiene ahora esa manía, pero yo se la quitaré antes de que se arraiguen más las inclinaciones. Con dulzura y cariño se arreglará todo, y si no adelanto nada por ese medio, entonces recurriremos á la fuerza.»

Ya ves, Elvira, que no has de ser terca, nos tienes á todos disgustados con esas tonterías, obligarás á los papás á que tomen una determinacion enérgica, y serás desgraciada desde pequeña. Porque vamos á ver, ¿qué fruto sacas tú de este libro, por ejemplo?

Al mismo tiempo tomó Julia un tomo de poesías que habia encima de la mesa.

—¡Este es mi libro favorito! Dijo la precoz niña arrebatando el tomo de manos de su hermana.

(Se concluirá).

SAN JOSÉ DE CALASANZ

El siglo XVI fué, sin disputa alguna, el siglo de la libertad y el siglo de los desastres.

La humanidad se agitaba en una de esas convulsiones periódicas á que está sujeto su organismo, y que se revelan á través de los siglos por revoluciones terribles y espantosos cataclismos.

Los albores del renacimiento habian inaugurado una nueva era en las condiciones esenciales de existencia de la vieja Europa. Las ideas importadas de las orillas del Bósforo acababan de producir sus naturales frutos; la aspiracion á la libertad y el prurito de derrocar los cimientos de la sociedad entonces existente para levantar sobre ellos el pedestal de sus utópicos delirios.

Como todas las grandes ideas tienen que luchar siempre en sus principios con la ignorancia y la perversidad de los que, faltos de criterio, no saben abarcarlas en todas sus infinitas manifestaciones y lógicas consecuencias, la revolucion del siglo XVI fué cambiada de rumbo desde sus primeros fulgores y convertida en tirana de la libertad, torcedor del pensamiento y verdugo de la conciencia.

Un insensato habia lanzado el grito de rebelion contra Roma, esa Roma que está llamada desde luengos tiempos há, á ser la cabeza del mundo y el corazon de la raza humana. Las doctrinas del apóstata se difunden en vertiginosa rapidez por todo el centro de Europa. Se entibian las creencias, se niega lo que no se comprende y se proclama libre el pensamiento, á la par que se le encadena con las groseras trabas de la razon y el libre examen.

Aquellas generaciones, en su afán de aprender algo, rebajan su inteligencia al nivel del instinto de los brutos, porque la amplia libertad del pensamiento, predicada entre ellas, surte el efecto de la piedra lanzada en tranquilo lago, que revuelve el cieno del fondo y enturbia los claros raudales.

Con tanto predicar la libertad, ésta iba á sucumbir á impulsos de la barbarie.

Llega el instante supremo.

Dios, que en épocas determinadas hace descender los géneos á la tierra para que la fecunden con sus esplendentes rayos, habia depurado el hombre del momento: Calasanz.

Calasanz, héroe español, natural de Peralta de la Sal, en Aragon, se siente inspirado por una sublime idea: conoce que el hombre no puede ser libre si no lo es su inteligencia, y á ilustrar á los ignorantes dedica todos sus afanes.

Atraído por un llamamiento inexplicable, abandona la patria en que naciera, donde todo le sonreía, para trasladarse á la capital del mundo. Allí se fija su destino; ve con dolor la multitud de niños pobres y harapientos

que, sin el pan del alma, sin instruccion, pululan por las riberas del Tiber y los declives del Quirinal; recuerda las inolvidables palabras del Divino Mártir: *Dejad que los niños se acerquen á mí*, y se decide á sacar de la abyeccion á tanto infeliz pequeñuelo.

Todas sus miras se dirigen desde aquella hora á la consecucion de tan noble propósito. Tras largas penalidades y contradicciones logra fundar, por último, las Escuelas Pías.

En estos benéficos centros de enseñanza se da instruccion solamente al hijo del pobre, porque los faltos de fortuna, los desheredados, la masa de poblacion más numerosa, es la más ignorante. El noble y virtuoso aragonés sabe por intuicion que el país le compone en general la clase indigente y obrera; que un pueblo no es libre mientras esté sumido en el caos de la ignorancia, y que enseñando al niño los deberes para con Dios y con la patria, se forma una nacion robusta y fortalecida con la conciencia de sus propios derechos.

Calasanz no predica la libertad, pero sabe practicarla como ninguno; él doquiera va rompiendo cadenas, que no otra cosa son las aberraciones que engendra la barbarie y el fanatismo.

José de Calasanz quiere identificarse en todo lo posible con sus discípulos: por esto renuncia varios obispados y el capelo cardinalicio; las pompas y dignidades de la tierra se avienen mal con la pobreza.

Las Escuelas Pías, ese semillero de ciudadanos libres y dignos fundado por Calasanz, se han extendido como la Buena Nueva por todos los límites del mundo. El pueblo las bendice, los poderes les prestan su apoyo; siempre la luz se abre paso entre las tinieblas, á pesar de las sugestiones de la malicia y del error.

Los hijos de Calasanz, esos hombres modestos y virtuosos que haciendo renuncia del mundo y de sus glorias, visten el humilde hábito y se dedican á enseñar á miriadas de niños la piedad y las letras, son los más esforzados obreros de la civilizacion. Ellos inculcan en el alma de la juventud la base de sus creencias, y quien enseña á creer, enseña á ser hombres.

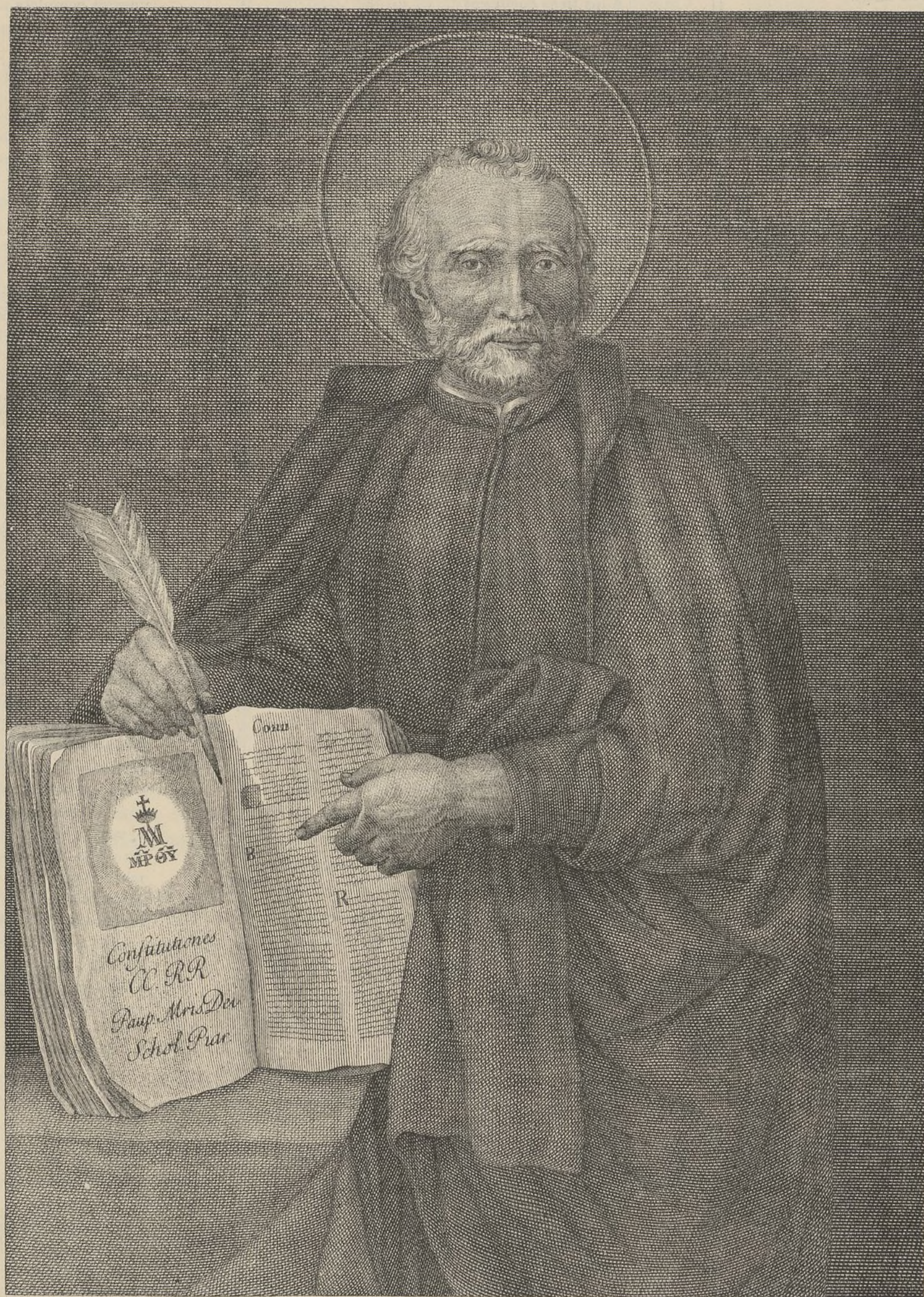
Yo me complazco en confesar que soy discípulo de esos maestros, todo sencillez, todo abnegacion. Ya que por la enseñanza que me han dado no pueden aceptar remuneracion alguna, reciban en estas líneas el testimonio de gratitud del más agradecido de los que tuvieron la suerte de recibir en sus aulas los primeros rudimentos de la ciencia y los fundamentales principios de la fé.

Ellos son los que verdaderamente dan la existencia al pueblo, porque el que ilustra una inteligencia, es más acreedor al título de padre que el que dá la vida material.

La obra de Calasanz fructifica, y sus discípulos se cuentan ya por millones.

Digno es, pues, el héroe de ser honrado, aunque humildemente, por los que nos dedicamos también á la ilustracion de la niñez.

JOSÉ MARÍA MEDINA



Bayeu lo pintó por la mascarilla del mismo Santo.

Véga lo dibujó y grabó en Madrid año 1818.

VERDADERO RETRATO DE
SAN JOSEF DE CALASANZ
Fundador de las Escuelas Pias.

MARÍA PITA

A MI QUERIDA AMIGUITA LA NIÑA MILAGRITO NOVI Y CASTELLOTE

I

De un día hermoso de Mayo
brilla la apacible tarde.
De la Coruña en la ría,
una escuadra formidable
aparece, que banderas
de la Gran-Bretaña trae.
Armadas vienen de guerra,
según se mira, las naves;
de ellas van saliendo tropas
con actitud arrogante.
Sitian por mar y por tierra
la ciudad inexpugnable,
y dentro de ella se deja
sentir el rigor del hambre.
Vela el inglés en la costa
y en los inmediatos valles,
impidiendo que vituallas
lleguen á los habitantes
que ya se sienten rendidos,
mas no se sienten cobardes.
Más se animan los ingleses,
que quieren á todo trance
apoderarse por fuerza
de ciudad tan importante,
y al fin vienen al asalto
con gentes innumerables.
¡Guay de vos, gente atrevida;
no os han de valer las naves,
ni el sinnúmero de tropas,
ni de guerrear el arte,
y atrás volvereis el paso
ante el coruñés coraje,
escarmentados volviendo
á vuestra pátria distante!

II

El gobernador Padilla,
hombre valiente y cabal,
desde un balcon de la plaza
dice á los que en ella están:
—«Hola, gentes valerosas,
que ante mí juntas estais,
y que de toda Galicia
venido habeis con afán
á defender esta tierra
de ingleses, raza infernal;
esta es la hora decisiva
en que conviene mostrar
cómo saben nuestros brazos
ganar victoria inmortal.
Ya el asalto se dispone,
se aproxima á la ciudad
el enemigo. y sus tropas
arrimando escalas van.
Que sepan que en esta tierra
imposible es cosa tal;
que somos los coruñeses
hombres de aliento, á cual más,
y bien defender sabemos
con brío, pátria y hogar.
Id, coruñeses, y el cielo
victoria os dé sin igual.
No se diga de nosotros
que perdimos la ciudad.»—
Y responden los que escuchan
con grito descomunal
que de su pecho animoso
declara el valor tenaz:
—¡Viva la pátria, á las armas;
muerte al inglés sin piedad!

III

La ciudad de la Coruña
el inglés está batiendo,

con tan redoblados golpes,
con tan redoblado esfuerzo,
que si Dios no lo remedia
va á venir bien pronto al suelo.
Los de dentro se defienden
con ejemplar ardimiento,
firmes sobre el alto muro,
presentando sin recelo
á los tiros enemigos
descubiertamente el cuerpo.
A cada golpe asestado
cae un inglés, sin remedio,
en cada minuto, veinte,
y en cada hora caen ciento,
que en el foso se revuelcan
entre espeso inmundo cieno,
y mueren lanzando al aire
alaridos y lamentos.
Pero, ¿qué?... si tantos son
como arenas en desierto,
y no se nota la falta
aunque muchos van muriendo.
Juan de Padilla recorre
los más peligrosos puestos,
con su voz en los soldados
nuevo valor infundiendo.
Los enemigos combaten
con más conocido empeño
la Puerta de Aires, que es débil
y fácil de echar al suelo.
Cerca de la Puerta Real,
corriendo terrible riesgo,
se encuentra María Pita
á su consorte asistiendo.
Mas ¡ay, Dios! que á tierra cae
con ruido, parte del lienzo,
y queda abierta una brecha,
ofreciendo paso estrecho
á los furiosos contrarios,
alegres al verlo abierto.
Un inglés con su bandera
y con belicoso séquito,
á la brecha se abalanza
y pone las plantas dentro
de la muralla. Al mirarle
los nuestros casi temieron.
Gregorio cayó cadáver (1).
En tan terrible momento
faltando va la esperanza,
mas María con esfuerzo
toma rodela y espada
de su esposo, á sus piés muerto,
y con voz airada dice,
y con ademan entero:
—«No desmayeis, coruñeses,
y seguid todos mi ejemplo.»
Cual si agitada estuviera
por algun bélico génio,
con el inglés arremete
y le da la muerte presto,
y la ganada bandera
tremola y sacude al viento.
Los coruñeses se animan
y cobran coraje nuevo,
y el empuje redoblando
comienzan la lid de nuevo.
Retroceden los ingleses
su ánimo desfalleciendo,
arrinconados quedando
junto al mar, en breve trecho.
Así cual por cazadores
los cobardes lobos fieros
que acometen la manada
de animales indefensos,
se acorralan en pantanos,
se persiguen por los cerros.
Delante María Pita
va el combate dirigiendo,
y con la voz y mirada
llena de heroico ardimiento,
valor infunde y arrojo
en los combatientes nuestros.

(1) El esposo de María Pita se llamaba Gregorio de Bracamonte.

Los hijos de Albion vencidos
y llenos de aturdimiento,
abandonan nuestras playas
y lánzanse al mar huyendo.
¡Id, ingleses á llorar
bajo el siempre triste cielo
de vuestra tierra neblosa,
entre los perpétuos hielos,
vuestra completa derrota
y loco frustrado empeño.

IV

Huyendo van los ingleses
cruzando el mar en sus naves.
Abatido, cavizbajo,
va en su camarote Drake,
llorando á su hermano Norris
muerto en el rudo combate
de María Pita á las manos,
en un arriesgado lance.
Sobre cubierta sentados,
unos con otros departen
sobre el suceso pasado,
y fuera de sí los trae
el recuerdo de la heroína
que los puso en duro trance.
Si era una mujer, dudando,
unos dicen que era un ángel
por Dios mandado á la lucha;
otros dicen que era Marte;
otros, el génio terrible
de los bélicos combates,
que lleva siempre consigo
fuerza y poder formidables;
otros, en fin, que era el génio
de los gallegos hogares,
que guarda su independencia
y sus glorias inmortales.
Así crédulos discurren
y nada les satisface,
que el terror crea fantasmas
y oculta realidades.
Llegan por fin á su tierra,
y en los campos y ciudades
toda Inglaterra lamenta
el vergonzoso desastre.
Se visten de negro luto
muchas esposas y madres,
muchos infelices niños
lloran sus difuntos padres,
y en el nebuloso viento
por las montañas y valles
resuenan hondos gemidos
nacidos de hondos pesares.

V

La Coruña está de fiesta,
sus habitantes de gala
se visten, y en su recinto
resuenan músicas gratas;
en las altísimas torres
á vuelo echan las campanas;
ondean muchas banderas;
las casas están colgadas;
todas cubiertas de flores
las anchas calles y plazas;
procesiones religiosas
por los arrabales pasan;
ocupan los miradores
los caballeros y damas,
y sueltan blancas palomas
en las ornadas ventanas
Allá en la Rua das Donas,
en una modesta estancia
se encuentra María Pita,
y aunque se le ahoga el alma
por la muerte de su esposo.
se muestra serena, ufana,
porque en los días de gloria,
cuando se alegra la pátria,
no es bien se entristezca alguno
por singulares desgracias.

A la casa de la heroína
va la gente entusiasmada,
y á su puerta un gran concurso
celebra su insigne hazaña.
María Pita, modesta,
responde á los que la alaban
que alabanzas no le gustan,
que no quiere glorias vanas;
que los buenos españoles
cuando sirven á la patria,
sienten tan intenso gozo
que para premio les basta.
Mas llega Juan de Padilla,
y entre mil palabras gratas
la dice que el rey Felipe,
ya sabedor de la hazaña,
le concede generoso
los honores y la paga
que en vida tuvo Gregorio,
como premio y merced alta
por su valor merecida;
Y cuantos oyen, celebran
las reales insignes dádivas,
tanto más dignas de aprecio
cuanto en Felipe son raras.

MANUEL GONZALEZ ALVAREZ

LECCIONES FAMILIARES,

POR

D. TEODORO GUERRERO

XII

EL AMOR DEL ALMA

A LA MEMORIA DE MI MADRE

(Conclusion)

Niños, los que teneis madre, venid á mí para enseñaros á dar gracias á la Providencia porque os la conserva. Los que no teneis madre, venid tambien para enseñaros á llorar. Mi corazon está abierto al mayor de los dolores por una pérdida que lloraré toda la vida.

Mi madre murió para el mundo, pero vive siempre para mí; en mi alma está grabada su imagen; en mi pecho tiene un altar; mi pensamiento le ha levantado un trono; de mi frente nunca se borrará el primer beso que recibí en la tierra al ver la luz: ósculo santo, estrella de mis pasos, para llevarme por el camino del bien. ¡Para su amor es poco tributo toda mi alma! ¡Para su memoria es poca ofrenda una lágrima y una oracion! ¡Pero yo, misero mortal, no tengo más que ofrecer á la que consagró su existencia entera en holocausto de mi felicidad! ¡Bendita seas, madre mía! Mi plegaria es pobre de palabras, pero rica de fervor, y llegará hasta tí, que el cielo en donde habitas no rechaza las bendiciones del justo. Para el cielo no hay más galardón que la bondad; no hay más grandeza que la de Dios; no hay más hermosura que la virtud.

¿Sabeis lo que es una madre?

Volved la cara á vuestro alrededor, y por todas partes vereis un Angel de la Guarda que os sigue y os vigila para tenderos su mano protectora.

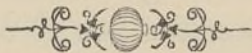
Ese ángel de la tierra que cubre con sus cariñosas alas á la criatura que nace, que le presta calor con el soplo de sus besos, que le da por alimento su propia sangre, que le marca con los ojos y con el pensamiento el sitio

en donde ha de poner el pié, que le ilumina la razon, que le abre el alma á las sensaciones legítimas, que le enseña á adorar el santo nombre de Dios, que le detiene al borde del abismo para que conozca el peligro, que le recoge al caer y le ayuda á subir, que pierde su tranquilidad y renuncia á todos los goces del mundo, que le premia con placer y le castiga con dolor, que le indica las ideas que han de conquistarle la paz en esta vida y la gloria en la otra, que no exige recompensa ni ambiciona más que el bienestar de esa criatura. ¡Ese ángel es una madre!

Una madre no es una mujer: llamada por la Providencia á representarla en la tierra, no puede confundirse con los seres terrenales, en cuanto se la considere en la sagrada mision que desempeña. Cuando oís sus consejos, deposita en vuestra frente el beso de la gratitud; cuando os lanzais por la senda de los extravíos, en vez de abandonaros y maldeciros, eleva á Dios una oracion para que os inspire con su mágica influencia, pidiéndole que no castigue vuestro olvido.

¡Eso es una madre!... Ese tesoro hemos perdido los que la lloramos toda la vida.

¡No hay más que una madre! ¡Ese amor del alma, no se puede falsificar! ¡Los que la teneis viva, dadle todo vuestro respeto en pago de su abnegacion! ¡Los que la llorais muerta, dadle toda vuestra veneracion en pago de su cariño!



EXPOSICION ESCOLAR

Debido al acaso, pues tan ventajoso ciertamente ha sido presentado sin aparato y preparacion alguna, solo con la fé y el entusiasmo que para la enseñanza tienen demostrado los ilustrados profesores Sres. Galdo y Vallin, hemos visitado la exposicion escolar instalada en el salon de grados del Instituto del Cardenal Cisneros, en cuyo espacioso recinto se agolpan por segunda vez, con cierta agradable negligencia, multitud de dibujos, mapas, planos y cuadros, producto de la aplicacion de los alumnos de aquel establecimiento de enseñanza y de los colegios que á él se encuentran incorporados.

La exposicion se reduce, pues, á manifestar los ejercicios prácticos llevados á cabo por la juventud estudiosa en todo el año escolástico pasado, enseñanza útil que labra en el corazon del alumno y abre dilatados horizontes á su capacidad. Con los ejercicios prácticos se perfeccionan los conocimientos de las cosas de tal modo, que una vez realizado uno de esos estudios, adquirido convencimiento de la realidad, queda para siempre impreso en la memoria el fruto del trabajo, verdadero tesoro de la inteligencia. Por el ejercicio práctico se conoce hasta el detalle de las cosas que se quieren investigar, porque es el ejemplo vivo, la determinacion de la inteligencia á un objeto cualquiera para hacerle visible y palpable tal como se explica y comprende.

Allí, pues, tuvimos ocasion de admirar, en primer término, un magnífico mapa de relieve,

de grandes dimensiones, ejecutado en el colegio de San Isidoro por el niño Peral y Marin, auxiliado por sus compañeros Roca García, Martinez y Redondo, bajo la direccion del profesor de dibujo del colegio, Sr. Jusué.

Representa la Península Ibérica, y es el reflejo fiel de los trabajos llevados á cabo últimamente por el Instituto geográfico, pues en su armónico conjunto se dibujan con la mayor precision las fronteras y division territorial de las provincias, el curso de los rios, la direccion é importancia de las montañas, y la más exacta situacion de las poblaciones.

Entre la multitud de objetos expuestos resalta tambien, por su mérito, otra coleccion de mapas delicadamente delineados y varias figuras geométricas y dibujos notables, primorosamente iluminados. Vénse tambien allí colocados en sentido paralelo muchos cuadernos, dibujos á lápiz y pluma, cuadros sinópticos y extractos hábilmente hechos de las distintas asignaturas de la segunda enseñanza.

Admira asimismo á los más exigentes el modelo de máquina de vapor que el aventajado niño, autor del mapa de relieve, ha presentado con todas las piezas principales para explicar la locomocion por medio de ese agente, lo cual se verifica con un resorte que comunica el movimiento á la manivela, y ésta al émbolo del cilindro.

Destacan en la antesala dos grandes mapas al parecer litográficos, en donde se trazan con gran conocimiento histórico las expediciones de Annibal; una excelente coleccion de sólidos resueltos en pirámides y varios aparatos agrícolas hechos por los estudiantes, sin otra herramienta que un ligero corta-plumas. Pero en la imposibilidad de enumerar y describir minuciosamente las bellezas ingeniosas allí aglomeradas como testimonio de los adelantos de los alumnos, para lo cual se necesitaria mucho más tiempo del que nosotros dispusimos para examinar la exposicion, recomendamos de buena fé que estos actos se anuncien, aunque sin pompa, para que el público inteligente no se vea privado de la grata impresion que producen tan excelentes trabajos, y para que, con la publicidad, se dé un legítimo premio á los autores de las obras que allí se exhiben. Nada más justo que tributar honor al mérito.

No terminaremos esta ligera reseña sin hacer mencion del reloj adquirido en París por el Sr. Galdo, que marca con precision suma el movimiento de rotacion y traslacion del globo, señalando á un tiempo mismo los meses y los dias, ni haremos caso omiso del cosmocopio hecho por un piloto santanderino, ni del aritmómetro que ejecuta mecánicamente, por medio de una ingeniosa y complicada combinacion de botones numerados, las operaciones aritméticas que se desean resolver.

En suma, la exposicion tiene dos golpes de vista que admirar y aplaudir: lo que vale y lo que significa el profesor que enseña por vocacion y amor á las ciencias, y lo que vale y lo que significa el jóven que con aplicacion llega á dominar esas ciencias. Los primeros, que ejercen el verdadero sacerdocio del ma-

gisterio, son la honra actual de la patria; los segundos, que aprovechan las lecciones elocuentes de su maestro, serán la honra del porvenir. ¡Llor á unos y á otros, que con tan sublime ejemplo esparcen la semilla fructífera del saber, para que se haga la luz en las vírgenes inteligencias!

¡Llor á los Sres. Galdo y Vallin, honrados y laboriosos obreros de la civilización!

H

ESPAÑA

EN LA ÚLTIMA EXPOSICION UNIVERSAL DE PARÍS

Aunque de una manera poco apropiada para emitir juicio preciso y severo, hemos hojeado con avidez los dos voluminosos tomos que acaba de dar á la estampa el ilustrado hombre público Excmo. Sr. D. José Emilio de Santos, en cumplimiento de la Real orden de 22 de Diciembre de 1879, de la obra titulada *España en la exposicion universal celebrada en París en 1878*, de cuyo certámen fué el autor comisario delegado español.

Comienza el 1.º explicando las razones en que se ha fundado para presentar la Memoria en la forma que lo hace; consigna los inmensos trabajos y numerosa correspondencia oficial que ha tenido que sostener con la administracion de casi todas las naciones del globo para compilar los datos necesarios para la redaccion de la Memoria, como lo prevenia el *Reglamento para el régimen de la comisaría régia en la Exposicion*, cuyos datos son el fundamento sin el cual no es posible llegar á conocer la exactitud de la narracion; exhibe, con notable erudicion y gran copia de antecedentes, el conjunto de la propiedad de suelo que tiene cada país, como base de su exposicion especial; la poblacion, la concurrencia de expositores de las 53 naciones que han asistido al certámen; determina la proporcion entre la superficie y los expositores, y la que existe entre los expositores y los habitantes; enumera, con ligero comentario, las naciones que han asistido á las siete exposiciones universales celebradas en la Gran Bretaña, Francia, Austria y Estados-Unidos de América; juzga con acierto al Consejo de presidentes y á los jurados asignados á las naciones extranjeras, y al comparar lo que España fué en la exposicion de 1867, donde ocupó el quinto lugar en el número de expositores, con lo que ha sido en la de 1878, en que ha ocupado el segundo puesto en la escala de la concurrencia, levanta su espíritu afanoso, noble, sin vanidades ni orgullo, mostrándose digno hijo de nuestra amada patria, consignando con legítima satisfaccion que de las 49 naciones premiadas, *España es la que ha tenido mayor número de recompensas* en aquel majestuoso concierto de la riqueza y de la vitalidad de los modernos pueblos.

El ilustrado é infatigable Sr. Santos, hace un entusiasta y detenido estudio de la seccion española, y despues de ocuparse de la superficie territorial de la nacion, detalla nombres, cosas, sitios, lugares y pormenores

de la produccion en todos sentidos, así como de los grandes premios obtenidos por cada provincia; examina en conjunto las fuerzas vivas del país y de la administracion, despues de relacionadas con las industrias y con la calidad y cantidades de sus productos; deduce las grandes corrientes de accion que para asociarse despliega España, con el fin de explotar la poderosa naturaleza que constituye los diversos elementos de la vida y de la riqueza nacional; advierte el desenvolvimiento de las ciencias, las teorías, los principios y las doctrinas para enderezar el trabajo con utilidad; encomia que cunda la enseñanza oficial y particular para desenvolver la inspiracion, el raciocinio y la aplicacion, y termina con una extensa y bien meditada coleccion de cuadros, relaciones, estados, documentos y cifras comprobantes de las afirmaciones del texto de la Memoria.

El segundo tomo es la Memoria á que se alude, precedida de un discreto prólogo, cuyo objeto esencial es hacer una reseña de la manera cómo se llevaron á cabo los servicios preliminares de la exposicion, justificando hechos y apreciaciones con los documentos oficiales que se coleccionan en el apéndice, y poniendo de relieve la conducta de la comision general española en Madrid, la de la comisaría régia de España y la de la delegada en el gran concurso que le sirve de exámen.

Comprende el volúmen de la Memoria diez y siete capítulos, dignos todos de la alta fama de su autor, escritos por el orden siguiente: Precedentes de la exposicion: Planes y procedimientos: Accion y movimiento: La calle de las naciones: Trabajos preparatorios de España: La fachada española: Otras edificaciones: Prosecucion de los trabajos: Instalacion de productos: Transportacion y movimiento: Preparacion de instalaciones: Instalacion de maquinaria: Los catálogos: El jurado de recompensas: La apertura: Arte retrospectivo, y Ciencias antropológicas.

Pero lo que más resalta, lo que enardece hasta el entusiasmo, es la parte descriptiva de la fachada española, ejecutada por el hábil arquitecto español D. Agustin Villajos, con auxiliares y materiales españoles. Su estilo, puro mudejar, era un conjunto reformado de las perlas arquitectónicas que poseen la Mezquita cordobesa, el alcázar de Alhambra, el palacio de Sevilla y las grandezas toledanas, como si con tal conjunto se hubiera querido pretender que el mundo moderno renovase los laureles con que la antigua sociedad habia coronado tanta opulencia artística. Y en efecto, el pensamiento fué coronado por el éxito, porque las miradas de todos los que visitaron la exposicion la aplaudieron, y los extranjeros que la premiaron lo hicieron rindiendo tributo de justicia á tanta imaginacion y tanta hermosura como reunia el edificio que servia de pedestal á la bandera de España.

En resumen: los dos primeros tomos de la obra de nuestro respetable amigo el Sr. Santos, son tan dignos de admiracion y aprecio por lo que España ha representado en el más grande de los certámenes del saber, como por la galana forma con que su autor presenta

á la espectacion pública el cumplimiento de la alta mision que el gobierno del país le confiriera en ese certámen, y como lo serán los tomos sucesivos, y por tan prolijo como importante estudio, merece bien de los amantes de las letras y de todos los expositores españoles.

Y terminamos preguntando, aún á riesgo de ofender la habitual modestia del Sr. Santos y á impulso de nuestro propio entusiasmo:

Si España ha obtenido en la exposicion universal de París de 1878 el mayor número de recompensas por la poderosa inteligencia y por el afán incansable del comisario delegado español, ¿podrá mostrarse indiferente el gobierno del país ante tan valiosos é inapreciables servicios?

No lo creemos.

En nuestro fuero interno parece como que resuena el eco de la justicia que señala al señor Santos para una merecida recompensa.

X

Dispuestos siempre á coadyuvar al desarrollo de los conocimientos humanos y á que se difunda la enseñanza en todas las esferas, hemos acogido con verdadera satisfaccion el pensamiento que la comision ejecutiva de la sociedad de Escritores y Artistas á que nos honramos pertenecer acaba de circular, reducido á la celebracion, cada dos meses, de sesiones artístico-literarias, en las cuales alternen las conferencias con las lecturas; el canto y la música, con las representaciones dramáticas; los certámenes poéticos y musicales, con las exhibiciones de obras antiguas ó modernas de cualquiera de las artes liberales.

Y nos place tanto más este loable pensamiento, cuanto que extendiendo la accion de las sesiones á las familias de los señores socios, las veladas serán un verdadero certámen en donde podrán exhibir sus adelantos los jóvenes de ambos sexos, hijos de la respetable clase de Escritores y Artistas, y una escuela práctica en donde, á la vez que pueden deleitar el ánimo, pueden tambien perfeccionar sus conocimientos artístico-literarios.

Reciba, pues, la comision ejecutiva nuestro más cumplido pláceme.

—X—

Con el fin de corresponder á los favores que nos dispensa el público ilustrado, y por ser el día 27 del corriente San José de Calasanz, cuyo retrato é historia aparecen en otro lugar de este número, con la entrega próxima repartiremos á nuestros abonados, por vía de regalo, un magnífico grabado en cobre del mismo Santo, de 58 centímetros de largo por 37 de ancho, á propósito para un cuadro de grandes dimensiones.

ADVERTENCIA

Al presente número acompaña como regalo, el pliego 5.º de ECOS PERDIDOS, de nuestro colaborador D. Nicolás Díaz y Perez.

R. Velasco impresor, Rubio, 20.